



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



¡Juntos para Evangelizar!



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO
FEBRERO 11 DE 2021

Uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos (Mt 23,8). La relación de confianza, fundamento del cuidado del enfermo

#NuevoRitmoEnLaCaridad





Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la 29.ª Jornada Mundial del Enfermo, que tendrá lugar el 11 de febrero de 2021, memoria de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, es un momento propicio para brindar una atención especial a las personas enfermas y a quienes cuidan de ellas, tanto en los lugares destinados a su asistencia como en el seno de las familias y las comunidades. Pienso, en particular, en quienes sufren en todo el mundo los efectos de la pandemia del coronavirus. A todos, especialmente a los más pobres y marginados, les expreso mi cercanía espiritual, al mismo tiempo que les aseguro la solicitud y el afecto de la Iglesia.

1. El tema de esta Jornada se inspira en el pasaje evangélico en el que Jesús critica la hipocresía de quienes dicen, pero no hacen (cf. Mt 23,1-12).

Cuando la fe se limita a ejercicios verbales estériles, sin involucrarse en la historia y las necesidades del prójimo, la coherencia entre el credo profesado y la vida real se debilita. El riesgo es grave; por este motivo, Jesús usa expresiones fuertes, para advertirnos del peligro de caer en la idolatría de nosotros mismos, y afirma: «*Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos*» (v. 8).

La crítica que Jesús dirige a quienes «dicen, pero no hacen» (v. 3) es beneficiosa, siempre y para todos, porque nadie es inmune al mal de la hipocresía, un mal muy grave, cuyo efecto es impedirnos florecer como hijos del único Padre, llamados a vivir una fraternidad universal.

Ante la condición de necesidad de un hermano o una hermana, Jesús nos muestra un modelo de comportamiento totalmente opuesto a la hipocresía. Propone detenerse, escuchar, establecer una relación directa y personal con el otro, sentir empatía y conmoción por él o por ella, dejarse involucrar en su sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (cf. Lc 10,30-35).

2. La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro.

Nuestra condición de criaturas se vuelve aún más nítida y experimentamos de modo evidente nuestra dependencia de Dios. Efectivamente, cuando estamos enfermos, la incertidumbre, el temor y a veces la consternación, se apoderan de la mente y del corazón; nos encontramos en una situación de impotencia, porque nuestra salud no depende de nuestras capacidades o de que nos “angustiemos” (cf. Mt 6,27).

La enfermedad impone una pregunta por el sentido, que en la fe se dirige a Dios; una pregunta que busca un nuevo significado y una nueva dirección para la existencia, y que a veces puede ser que no encuentre una respuesta inmediata. Nuestros mismos amigos y familiares no siempre pueden ayudarnos en esta búsqueda trabajosa.

A este respecto, la figura bíblica de Job es emblemática. Su mujer y sus amigos no son capaces de acompañarlo en su desventura, es más, lo acusan aumentando en él la soledad y el desconcierto. Job cae en un estado de abandono e incompreensión. Pero precisamente por medio de esta extrema fragilidad, rechazando toda hipocresía y eligiendo el camino de la sinceridad con Dios y con los demás, hace llegar su grito insistente a Dios, que al final responde, abriéndole un nuevo horizonte. Le confirma que su sufrimiento no es una condena o un castigo, tampoco es un estado de lejanía de Dios o un signo de su indiferencia.

Así, del corazón herido y sanado de Job, brota esa conmovida declaración al Señor, que resuena con energía: «Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (42,5).

3. La enfermedad siempre tiene un rostro, incluso más de uno: tiene el rostro de cada enfermo y enferma, también de quienes se sienten ignorados, excluidos, víctimas de injusticias sociales que niegan sus derechos fundamentales (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 22). La pandemia actual ha sacado a la luz numerosas insuficiencias de los sistemas sanitarios y carencias en la atención de las personas enfermas. Los ancianos, los más débiles y vulnerables no siempre tienen garantizado el acceso a los tratamientos, y no siempre es de manera equitativa. Esto depende de las decisiones políticas, del modo de administrar los recursos y del compromiso de quienes ocupan cargos de responsabilidad. Invertir recursos en el cuidado y la atención a las personas enfermas es una prioridad vinculada a un principio: la salud es un bien común primario. Al mismo tiempo, la pandemia ha puesto también de relieve la entrega y la generosidad de agentes sanitarios, voluntarios, trabajadores y trabajadoras, sacerdotes, religiosos y religiosas que, con profesionalidad, abnegación, sentido de responsabilidad y amor al prójimo han ayudado, cuidado, consolado y servido a tantos enfermos y a sus familiares. Una multitud silenciosa de hombres y mujeres que han decidido mirar esos rostros, haciéndose cargo de las heridas de los pacientes, que sentían prójimos por el hecho de pertenecer a la misma familia humana.

La cercanía, de hecho, es un bálsamo muy valioso, que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad. Como cristianos, vivimos la proximidad como expresión del amor de Jesucristo, el *buen Samaritano*, que con compasión se ha hecho cercano a todo ser humano, herido por el pecado. Unidos a Él por la acción del Espíritu Santo, estamos llamados a ser misericordiosos como el Padre y a amar, en particular, a los hermanos enfermos, débiles y que sufren (cf. Jn 13,34-35). Y vivimos esta cercanía, no sólo de manera personal, sino también de forma comunitaria: en efecto, el amor fraterno en Cristo genera una comunidad capaz de sanar, que no abandona a nadie, que incluye y acoge sobre todo a los más frágiles.

A este respecto, deseo recordar la importancia de la solidaridad fraterna, que se expresa de modo concreto en el servicio y que puede asumir formas muy diferentes, todas orientadas a sostener al prójimo. «Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo» (*Homilía en La Habana*, 20 septiembre 2015). En este compromiso cada uno es capaz de

«dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas» (*ibíd.*).

4. Para que haya una buena terapia, es decisivo el aspecto relacional, mediante el que se puede adoptar un enfoque holístico hacia la persona enferma. Dar valor a este aspecto también ayuda a los médicos, los enfermeros, los profesionales y los voluntarios a hacerse cargo de aquellos que sufren para acompañarles en un camino de curación, gracias a una relación interpersonal de confianza (cf. *Nueva Carta de los agentes sanitarios* [2016], 4). Se trata, por lo tanto, de establecer un pacto entre los necesitados de cuidados y quienes los cuidan; un pacto basado en la confianza y el respeto mutuos, en la sinceridad, en la disponibilidad, para superar toda barrera defensiva, poner en el centro la dignidad del enfermo, tutelar la profesionalidad de los agentes sanitarios y mantener una buena relación con las familias de los pacientes.

Precisamente esta relación con la persona enferma encuentra una fuente inagotable de motivación y de fuerza en la *caridad de Cristo*, como demuestra el testimonio milenar de hombres y mujeres que se han santificado sirviendo a los enfermos. En efecto, del misterio de la muerte y resurrección de Cristo brota el amor que puede dar un sentido pleno tanto a la condición del paciente como a la de quien cuida de él. El Evangelio lo testimonia muchas veces, mostrando que las curaciones que hacía Jesús nunca son gestos mágicos, sino que siempre son fruto de un *encuentro, de una relación interpersonal*, en la que al don de Dios que ofrece Jesús le corresponde la fe de quien lo acoge, como resume la palabra que Jesús repite a menudo: “Tu fe te ha salvado”.

5. Queridos hermanos y hermanas:

El mandamiento del amor, que Jesús dejó a sus discípulos, también encuentra una realización concreta en la relación con los enfermos. Una sociedad es tanto más humana cuanto más sabe cuidar a sus miembros frágiles y que más sufren, y sabe hacerlo con eficiencia animada por el amor fraterno. Caminemos hacia esta meta, procurando que nadie se quede solo, que nadie se sienta excluido ni abandonado.

Le encomiendo a María, Madre de misericordia y Salud de los enfermos, todas las personas enfermas, los agentes sanitarios y quienes se prodigan al lado de los que sufren. Que Ella, desde la Gruta de Lourdes y desde los innumerables santuarios que se le han dedicado en todo el mundo, sostenga nuestra fe y nuestra esperanza, y nos ayude a cuidarnos unos a otros con amor fraterno. A todos y cada uno les imparto de corazón mi bendición.

*Roma, San Juan de Letrán, 20 de diciembre de 2020,
cuarto domingo de Adviento.*

Francisco

Reflexión:

LA CERCANIA EN EL SERVICIO, CONSUELO Y SALUD EN LA ENFERMEDAD

Reflexionemos sobre el mensaje del Papa Francisco para la XXIX jornada Mundial del Enfermo, profundizando en algunas expresiones.

Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo.

En este compromiso cada uno es capaz de dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano (cf 3) ...se deja involucrar en el sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (cf Lc 10, 30-35).

El Papa nos recuerda, además, las actitudes del buen Samaritano:

Detenerse, escuchar y establecer una relación empática con el otro (cf 1).

Detenerse: pararse, encontrar tiempo y espacio en nuestro quehacer diario y carreras permanentes, no pasar de largo, estar dispuestos a cambiar de programa, no permanecer indiferentes.

Acercarse: (presencial o virtualmente) para escuchar, comprender, compartir, acompañar. Este “acercarse” nos exige salir de nuestro propio mundo, de nuestras preocupaciones e intereses, superar todas las distancias, hacer propias las necesidades del hermano y sanar desde la solidaridad.

Darse: hacerse cargo, cuidar, hacerse prójimo, vendar heridas, hospedar al hermano en nuestro corazón; ser compañía silenciosa y cariñosa, presencia maternal de la Iglesia que arropa de ternura y fortalece el corazón (cf *Salvifici doloris* 28 y 29; *Aparecida* 420).

La cercanía es un bálsamo que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad (cf 3).

La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro. La cercanía, expresión del amor de Jesús, es un bálsamo capaz de sanar las heridas y acoger a los hermanos más débiles que necesitan escucha, compañía y consuelo; una sonrisa que infunda esperanza y una oración que ayude a recuperar fortaleza, confianza, serenidad.

Esta proximidad nos capacita para acercarnos con delicadeza y respeto al misterio del sufrimiento, no para explicarlo, sino para testimoniar la presencia del Señor que ama, se solidariza, acompaña.

Es la actitud que encarna los valores evangélicos de la compasión, “ser misericordiosos como el Padre”, el amor, la entrega y la alegría en el servicio; es presencia discreta, como fermento y levadura, sal y luz en medio de las situaciones de sufrimiento, enfermedad y angustia, dando razón de nuestra esperanza.

“Quiero una Iglesia que sana heridas”, nos repite el Papa Francisco. “¡Cuántos testimonios de caridad podríamos citar en la historia de la Iglesia! Santos que han transformado toda su vida en un servicio al prójimo” (*Deus caritas est* 40).

La persona enferma quiere encontrar en nosotros el lugar privilegiado que ha encontrado en Jesús: actitudes, gestos, palabras sanadoras: “...salía de él una fuerza que sanaba a todos” (Lc 6,19).

En la fidelidad a Jesús no podemos descuidar nuestra tarea sanadora: “Y los envió a proclamar el Reino y a sanar” (Lc 9, 2; 10, 9). El Señor nos invita a redescubrir la dimensión sanadora de la evangelización.

Jesús vincula estrechamente la predicación misionera y la tarea sanadora de los discípulos. Todos debemos sentirnos llamados a ser sanadores heridos desde nuestra misión: comunicar salud con nuestra manera de ser y vivir la fe, promover el Reino de Dios que es Reino de paz y de justicia, de vida y de salud.

“Establecer un pacto de confianza y respeto mutuo entre la persona enferma y los profesionales de la salud,... brindar una salud holística, integral” (cf 4).

“¡Cuánto tiene de buen samaritano la profesión del médico, de la enfermera y otros similares!... Nos inclinamos a pensar más bien en una vocación que en una profesión. Pensando en tantos profesionales que con su ciencia y capacidad prestan tantos servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud” (*Salvifici doloris* 29).

Las mismas curaciones de Jesús no son gestos mágicos sino que son fruto de un encuentro personal profundo. Es muy importante actuar junto a los profesionales de la salud apoyándolos y acompañándolos en su proceso de formación, de humanización y fortalecimiento de los valores humanos y éticos.

Encontrarse con el otro significa escucharlo y acogerlo en sus preocupaciones, esperanzas, dificultades, con su historia, sus miedos, sus angustias; establecer con él una relación fraterna y ofrecer una salud integral que satisfaga sus necesidades a nivel físico, emocional, intelectual, social y espiritual.

Benedicto XVI nos dice que la competencia profesional por sí sola no basta. Los seres humanos necesitan algo más que una atención técnicamente correcta. Necesitan humanidad, necesitan atención cordial. Necesitan sobre todo una “formación del corazón” (*Deus caritas est* 31a).

De aquí la importancia de tomar conciencia de lo que vive la persona cuando está enferma, de sus reacciones y sentimientos, y eso es lo que se pide en un pacto de respeto mutuo, de confianza. De lo contrario no se podrá establecer con aquel que sufre una relación sanadora adecuada.

“Un corazón que ve”, nos sugiere Benedicto XVI. “El corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (*Deus caritas est* 31b).

Padre Adriano Tarrarán R,
Delegado Arquidiocesano de Pastoral de la Salud



ORACION DEL PAPA FRANCISCO EN TIEMPO DE PANDEMIA

En esta situación llena de sufrimientos y angustias acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos: consuela a los que lloran por la pérdida de sus seres queridos; sostiene a aquellos que se encuentran angustiados y que para evitar el contagio no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto.

María, Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz.

Protege a los médicos, a las enfermeras/os, al personal de la salud y a todos los voluntarios que arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su precioso servicio y concédeles fortaleza, bondad y salud.

Virgen Santa permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos y a todos los que los cuidan y acompañan con solicitud pastoral y compromiso evangélico, presencia de consuelo y esperanza.

Asiste a los líderes de las naciones para que actúen con sabiduría y espíritu de solidaridad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir.

Madre Santa, acrecienta en todos nosotros el sentido de pertenencia a la única gran familia humana, para que con espíritu fraterno y solidario salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y situaciones de miseria.

Virgen María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible pandemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad y en paz.

Nos encomendamos a Ti, Madre, que brillas en nuestro camino como signo de esperanza. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.